

## **Economía y construcción: la basílica de San Pedro de Roma (1515-1527)**

Manuel Vaquero Piñeiro

Pese a las resistencias encontradas debemos a Julio II el inicio de la demolición de la vieja basílica paleocristiana de San Pedro, una decisión tomada en 1506 y dictada por el deseo del papa de levantar una capilla funeraria personal en uno de los lugares más simbólicos de toda la cristiandad (Bellini 2011). Como sabemos el responsable del proyecto inicial fue el arquitecto Donato di Angelo di Pascuccio más conocido con el sobrenombre de Bramante quien comenzó la obra construyendo los enormes pilares destinados a sostener una imponente cúpula semisférica (Tessari 1996). Aunque al inicio lo que se deseaba era llevar a cabo la construcción de un majestuoso edificio religioso en poco tiempo, apenas iniciados los trabajos resultó evidente que la iniciativa de Giulio della Rovera (1443-1513) iba a convertirse en una empresa titánica, destinada a durar más de siglo y medio durante el que la nueva basílica de San Pedro se transformó en una inmensa vorágine de dinero y de materiales.

Dejando de lado los aspectos artístico-arquitectónicos de la cuestión una de las primeras medidas tomadas fue de la firmar un acuerdo para el suministro de cal, material sin el cual la obra difícilmente podía iniciar e ir adelante. Además, viendo los planes del arquitecto, la cal debía ser de excelente calidad, en grado de dar la necesaria solidez a los majestuosos pilares que se iban a levantar. Hasta su muerte el principal responsable de la obra fue Bramante que controlaba el trabajo de los oficiales y de los maestros de traza, siguiendo también el aprovisionamiento

de los materiales, la cal como ya dicho pero sobre todo los inmensos bloques de travertino procedentes de las canteras de Tivoli. Es decir para el periodo 1506-1514 presenciamos el funcionamiento de una obra en la que predominaba una organización del trabajo que podríamos definir clásica, de influencia vitruviana (Gómez Urdáñez 2010): un patrocinador, en este caso el papa, una estructura financiera que se encargaba de recaudar y de pagar, un arquitecto que dirigía las obras, una red de compañías de canteros pagados casi siempre a destajo o por unidad de obra, más una multitud de peones, de productores, de mercaderes y de transportistas de materiales. Es decir y aunque para la fase inicial de los trabajos no dispongamos de mucha documentación de primera mano es evidente que se trataba de una compleja y ramificada organización que obligaba al arquitecto no sólo a ocuparse de cuestiones técnicas sino también a seguir con suma atención todo lo que rodeaba la marcha de los trabajos para que éstos no sufrieran atrasos, especialmente durante los meses invernales en los que las malas condiciones de los caminos frenaban o incluso impedían la llegada a la obra de los carros cargados de piedras.

Aunque se haya supuesto que al inicio los gastos superaron los 70.000 ducados de oro (Lamberti 2008, pp. 192-193) no poseemos datos ciertos sobre las sumas de dinero empleadas en la construcción de la basílica de San Pedro. Sin embargo lo que sí es seguro es que tanto Julio II como Bramante murieron entre 1513 y 1514 dejando la basílica, entre demoliciones

y partes iniciadas, que se parecía a un edificio en ruinas. Al papa siguiente, León X, le tocó proseguir los trabajos comenzados por su antecesor sin embargo desde un punto de vista de la organización Giovanni di Lorenzo de' Medici tomó una decisión que sin duda constituye un elemento de gran novedad en la historia de la construcción europea a comienzos de la edad moderna (Goldthwaite 1984). Cambiando los métodos de gestión hasta entonces seguidos, fieles a la tradición del arquitecto humanista que debía inspeccionar todo el proceso, y aunque todavía queden muchos puntos oscuros por aclarar, el papa florentino hacia 1515 creó una nueva figura en la estructura organizativa de la obra de la basílica de San Pedro. Desde este momento entró en escena el llamado «curatore di San Pietro» cargo que lo podríamos traducir como «director» o «responsable» y tal función fue asignada al romano Giuliano Leni (Ait y Vaquero Piñero 2000). De él nos habla Giorgio Vasari en la vida de Bramante definiéndolo «discípulo» y «amigo muy valioso para las fábricas de sus tiempos» (Vasari [1550] 1998). De ahí que la historiografía tradicional, a la hora de escribir la historia de la construcción de la basílica, siempre haya considerado que las obligaciones y las responsabilidades que habían sido exclusiva prerrogativa del arquitecto después, a su muerte, pasaron, aplicando un esquema lógico, a su «discípulo» Giuliano Leni. En realidad no fue así pues si es cierto que después de la muerte de Bramante el puesto de máxima responsabilidad de la obra de San Pedro fue ocupado por Giuliano Leni, en realidad éste no era un arquitecto ni tanto menos se había formado en la arquitectura siguiendo los pasos del artista.

Giuliano Leni nace hacia 1480 en el seno de una familia de la media nobleza romana cuya base económica dependía de la agricultura, del comercio, del arrendamiento de los impuestos municipales y de la gestión del poder político ciudadano. Es decir un perfil económico típicamente comercial y este aspecto es muy importante pues con el nombramiento de Giuliano Leni a «curatore» de San Pedro fue la primera vez que la gestión de un proyecto arquitectónico de gran envergadura dejó de estar en las manos de un especialista procedente del mundo de las artes y pasó a depender de las decisiones de un hombre de negocios que consideraba el edificio en construcción un motivo de inversión, una actividad que tenía que demostrarse rentable produciendo benefi-

cios monetarios. Si bien sea prematuro para hablar de un auténtico empresario de la construcción (Cassi Ramelli 2005) no cabe duda de que la llegada de Giuliano Leni al vértice de la obra de la basílica romana supuso un cambio profundo, una novedad absoluta, en el modo de concebir los aspectos económicos que rodeaban el universo de la construcción, una innovación no muy bien aceptada por todos desde el momento que para los obreros de la construcción, empezando por los arquitectos, suponía plegarse a las indicaciones y órdenes de un merceder que hasta su muerte en 1530 además de dedicarse a la basílica no dejó de acumular cargos y puestos de responsabilidad. Algunos ejemplos nos ayudan. En 1523 ocupó el puesto de *Provisor Urbis* de la ciudad de Roma empeñándose en el aprovisionamiento de grano de la ciudad; en 1526 era el arrendador de la alcabala que tenían que pagar los comerciantes de queso y pescado conservado; en 1527 desempeñó el puesto de comisario pontificio en la provincia del Patrimonio; entre 1529 y 1530 por cuenta de la familia Chigi se hizo cargo de la explotación de la minas de alumbre de Tolfa. La relación de empleos y ocupaciones de Giuliano Leni podría ser mucho más larga pero lo dicho hasta ahora aclara que no nos hayamos ante un arquitecto u oficial de la construcción. Un personaje difícil de encuadrar que llegó a acumular un enorme poder; se hizo con un ingente patrimonio, y todo esto le supuso convertirse en blanco de las críticas y burlas populares que metían en resalto su proverbial tendencia a gastar poco y a hinchar las cuentas.

Una vez presentado a grandes líneas el protagonista de nuestra historia y recordando una vez más que hasta que Giuliano Leni ocupó el cargo de «curatore» de la fábrica de San Pedro el ideal humanista del arquitecto como figura superior capaz proyectar y dirigir edificios se vió en parte ofuscada por el capital mercantil que consideraba la expansión de la arquitectura renacentista un motivo de inversión y lucro, podemos decir que las primeras noticias que indican una relación entre Giuliano Leni y el sector de la construcción son de 1510. A finales de la primera década del siglo XVI se dedicaba a la venta y al transporte de cal y de otros materiales, sin embargo el 7 de agosto de 1510 firmó un importante contrato para la construcción de dos claustros en el convento de San Pietro in Vincoli acuerdo que prosiguió al año siguiente con la reconstrucción del

palacio papal (Ippoliti 1999). Dedicándose siempre al suministro de materiales encontramos a Giuliano Leni en el edificio de los tribunales que por entonces Bramante había comenzado a levantar en la Via Giulia (Bruschi 1994). Hasta este momento del siglo XVI el mercader romano no aparece en la documentación de la fábrica de San Pedro pero los datos recogidos demuestran que su presencia en las construcciones romanas creció tras la llegada de León X al solio pontificio.

Una de las primeras medidas adoptadas por el papa florentino fue la de dar al gobierno de la basílica de San Pedro una estructura administrativa más rígida. Además de nombrar a Raffaello Sanzio arquitecto oficial creó el cargo de comisario reservándolo a un cardenal, impuso la presencia de cuatro «misuratori» cuyo cometido era el de controlar que los maestros respetasen los tiempos y la calidad de los trabajos especificados en los contratos firmados, y por último escogió a dos banqueros florentinos —Simone Ricasoli y Bernardo Bini— para que desempeñasen el papel de tesoreros de la fábrica. En este contexto de reforma cuyo objetivo principal era encontrar una solución a los problemas de tipo organizativo que habían surgido en la primera fase, cuando Bramante se hizo cargo de una obra iniciada sin excesiva planificación, Giuliano Leni fue nombrado «curatore» de San Pedro. Tratando de dar una posible explicación a tal decisión que introducía un elemento de absoluta novedad en un organigrama que hasta entonces se había regido por esquemas bastante tradicionales cabe recordar que desde un cierto punto de vista lo que quizás quiso hacer León X fue aplicar en Roma lo que era normal en Florencia, es decir que la administración de los edificios religiosos recayese en un organismo, llamado «Opera» formado exclusivamente por seculares (Haines y Riccetti 1997). El caso más emblemático concierne a la catedral florentina de Santa Maria del Fiore cuyo gobierno dependía del poderoso gremio de los mercaderes de tejidos de lana (Haines 2002). Se podría hipotizar que León X, ante el reto de gestionar la obra de San Pedro, intentó aplicar los mismos esquemas pero adaptándolos a la realidad social romana donde lo mejor era alcanzar un acuerdo con un importante miembro de la nobleza y de los negocios.

No se trata, por supuesto, de realizar una exhaustiva comparación con otras obras, sin embargo cabe la pena recordar, para apreciar aún mejor la originali-

dad de la basílica de San Pedro, el esquema organizativo imperante en la catedral de Sevilla, por volumen el más grande edificio del catolicismo. En el caso hispalense se puso en pie una estructura cuyo perno central era el canónico que cubría el cargo de Mayordomo de Fábrica, «a quien correspondía dar cuenta anualmente de los ingresos y gastos al Cabildo y, con mayor asiduidad, ponerle al corriente de la evolución del proceso» (Rodríguez Estévez 2010, 111). Respetando un *modus operandi* fuertemente jerárquizado el Mayordomo controlaba tanto la recaudación como el uso del dinero; de él dependían los notarios, los depositarios, los receptores, los contadores hasta llegar a todo el personal (maestros, peones, canteros) implicado en la obra. Respecto al esquema aplicado en Sevilla, fiel ejemplo de catedral gótica gobernada por el capítulo catedralicio, en la construcción de la basílica de San Pedro lo que se acabó formando fue un esquema burocrático-decisional menos lineal subordinado únicamente a la voluntad suprema del papa que en este caso se comportaba siguiendo las pautas del soberano absoluto. Todo ello en parte ayuda a explicar porque no resulta fácil dar una respuesta que justifique la importancia adquirida por un hombre de negocios, como Giuliano Leni, en la administración y gestión financiera de la obra de la basílica de San Pedro.

Conjeturas a parte lo que es seguro es que en un contrato escrito a finales de 1513 y por el que un grupo de maestros de traza se empeñaba a trabajar en la tribuna de la basílica se detalla que respetando la voluntad del papa Giuliano Leni tenía que encargarse de la administración de la obra, llevando a cabo lo que habían decidido los arquitectos y para ello podía disponer del dinero suministrado por los banqueros-tesoreros. Ante esto se vislumbra un perfil de coordinación, de encaje entre las diferentes fases del proceso constructivo, sin embargo la acción del «curatore» va mucho más allá, creándose las condiciones para la formación de una zona donde intereses públicos y privados acaban confundándose. A veces Giuliano Leni aparece financiando las obras utilizando su riqueza personal, en otras circunstancias vende a la fábrica materiales como cualquier otro mercader privado, el cuadro se complica ulteriormente con los contratos de arrendamiento de obras en los que el «curatore» se hacía cargo de la ejecución material de las obras, y para concluir tampoco faltan pruebas para verificar que el «curatore» recibía una cantidad

fija cada mes, como si gozara de la condición de funcionario pagado regularmente. Resulta evidente que nos encontramos ante una figura ambigua, que mezcla, sin que siempre aparezca evidente la distinción de funciones. Emblemático desde este punto de vista el contrato firmado en 1521 entre el «curatore» y el cardenal Orsini para la construcción de la llamada capilla del Rey de Francia, una obra imponente que preveía doce columnas y dos pilares de travertino; Giuliano Leni se obligaba a terminar los trabajos antes de seis meses, en cambio recibiría cada mes una anticipación de 1.000 ducados de oro, además de un saldo final. El trabajo Giuliano Leni se lo encargó a una serie de cuadrillas de maestros lombardos y toscanos que tenían que labrar los capiteles, las bases y los fustes de las columnas; del suministro de los bloques de piedra se encargaría el «curatore». Sólo en los primeros meses de 1521 Giuliano Leni recibió de la Cámara Apostólica la cifra de casi 65.000 ducados de oro por los trabajos realizados. Un verdadero río de dinero que demuestra hasta que punto la presencia del «curatore» aleja la fábrica de San Pedro de las obras donde la responsabilidad de gestión era del patrocinador o de los oficiales de la construcción encargados de llevar a cabo la ejecución de los edificios. El poder alcanzado por Giuliano Leni durante el pontificado de León X no le permitía únicamente organizar el trabajo de los maestros, al mismo tiempo reducía el margen de autonomía de los arquitectos que dependían del «curatore» para la realización de los proyectos. Era él el responsable de fijar las condiciones de trabajo de los maestros y de suministrar los materiales, dos aspectos fundamentales en la marcha de los trabajos. Que el aprovisionamiento de los materiales se revelase esencial en este tipo de estructuras lo confirma el hecho que Giuliano Leni realizaba un control total de la cadena productiva desde el momento que era el propietario de todo lo necesario para el transporte de los pesados bloques de travertino desde las canteras hasta el lugar de trabajo. Tenía animales de tiro, carretas e incluso embarcaciones para el transporte fluvial por el Tíber. Para producción de cal, de hierro y de ladrillos poseía varios hornos que generaban un incesante acarreo de leña.

De todas formas Giuliano Leni no fue sólo el hombre fuerte de la fábrica de San Pedro a comienzos del siglo XVI. Su influencia se alargó hasta incluir otras obras tanto dentro como fuera de Roma. Lo encon-

tramos en la construcción de las residencias campesinas del papa (Villa Madama, Magliana, Palo y Palidoro) a la vez que entre 1515 y 1520 aparece en las obras de la fortaleza del puerto de Civitavecchia y de Piacenza, lo que demuestra que su radio de acción cubría todo el Estado de la Iglesia, dedicándose a la realización de edificios e infraestructuras financiadas por el tesoro público. Todo este prestigio determinó que a Giuliano Leni llegasen cartas y mensajes de otros soberanos piéndole consejos sobre cómo resolver un determinado problema o situación arquitectónica. De todas formas hacia 1525 su posición comenzó a vacilar. Demasiado poder y dinero utilizado por una sola persona, y en la corte romana comenzaron a correr voces e informes anónimos que lo acusaban de presentar cuentas trucadas, sospechas alimentadas principalmente por el clan de Antonio da Sangallo el Giovane que deseaba una vuelta atrás, cuando la autoridad pertenecía al arquitecto y no a un simple mercader (Oppel 1987). Un clima crispado que obligó a Clemente VII, papa desde 1523, a impulsar una reforma administrativa que redujese los márgenes de autonomía de cada oficial y si fuera posible intensificar los controles para evitar el despilfarro de dinero. El segundo papa Medici creó una comisión o colegio formado por sesenta cardenales y progresivamente alejó de la obra al «curatore» sustituyéndolo con Antonio da Sangallo que de esta forma entre 1525 y 1530 se convirtió en el arquitecto oficial de la basílica de San Pedro (D'Amelio 2002). La ruptura definitiva se materializó en 1527 cuando Giuliano Leni presentó el balance final de una serie de trabajos, una cuenta por más de 100.000 ducados de oro. Demasiado incluso para las arcas del Vaticano que no estaban atravesando un buen momento. A este punto mejor cambiar estrategia y motivo de inversión. Giuliano Leni dejó la fábrica de San Pedro y como buen hombre de negocios siempre a la búsqueda de nuevas oportunidades hasta su muerte en 1530 se dedicó a otro tipo de actividades comerciales y financieras.

¿Un caso aislado?, ¿podemos considerar una excepción o incluso una anomalía el periodo durante el que el mercader romano Giuliano Leni controló la compleja máquina de trabajo y de movimiento de dinero que rodeaba la construcción de la imponente y terrible fábrica de San Pedro? Admitiendo que las posibles respuestas tienen que ser colocadas en el panorama, todavía no muy rico, de estudios sobre el nacimiento y la evolución de la empresa y del empresa-

rio en el sector de la construcción, cabría la posibilidad de recordar que según Richard Goldthwaite en el siglo XVI algunos sujetos llegaron a beneficiarse de las ingentes sumas de dinero que ponía en movimiento la construcción. Una historia muy elocuente es la del cervecero Gilbert van Schoonbeke (Goldthwaite 1984, 217) al que en 1551 le encargaron la construcción de las murallas de Amberes. El primer paso fue el de implantar en los arrabales de la ciudad un elevado número hornos para la producción de cal y de millones de ladrillos. Asegurándose el lucrativo comercio de los materiales, el trabajo de obra se lo subarrendó a una serie de cuadrillas y grupos de maestros quienes, a su vez, se limitaron a organizar el trabajo de forma tradicional. Es decir se vislumbra un modo de proceder muy parecido al que en 1515 surgió en la obra de la basílica de San Pedro con la creación del cargo de «curatore».

Giuliano Leni también se dedicó a la producción y a la venta de materiales a la vez que dejaba a los maestros la realización de las obras, todo ello sabiendo que gozaba del apoyo político-financiero del papa y que no había otros rivales. Una condición de privilegio y de monopolio que garantizaban pingües beneficios. Por falta de competidores es innegable que en este tipo de negocios el margen de riesgo empresarial era muy bajo y que las inversiones se realizaban en un terreno muy seguro. Por lo tanto todo indicaría que figuras como Gilbert van Schoonbeke en Amberes y Giuliano Leni en Roma son el fiel reflejo de un sector económico, la construcción, en el que a lo largo del tiempo se crearon muy lentamente las condiciones para el nacimiento de verdaderos empresarios que no se ocupasen únicamente de la parte más rentable (la producción de materiales) sino que también se asumieran los gastos y los riesgos derivados de la construcción del edificio. Todo esto en la primera mitad del siglo XVI resultaba demasiado prematuro. La separación de funciones vendrá más tarde, sin embargo, a comienzos de la edad moderna, aunque predominaba un contexto cultural que no admitía cambios demasiados radicales, la construcción constituyó un terreno fértil para la formación de figuras económicas cuyo característica saliente era la de saber organizar los factores de la producción. Dicho de otro modo lo que enseña la trayectoria de Giuliano Leni es la capacidad desplegada por el capital mercantil para gobernar la ramificada cadena de la producción destinada a la realización de un edificio de

las características de la basílica de San Pedro. En conclusión. Lo que resalta desde un enfoque puramente económico es la disponibilidad de medios y aptitudes para a organizar los recursos a disposición (materiales, humanos y financieros), elementos salientes de una etapa central de la evolución de la construcción.

#### LISTA DE REFERENCIAS

- Ait Ivana y Vaquero Piñeiro Manuel. 2000. *Dai casali alla fabbrica di San Pietro. I Leni. Uomini d'affari del Rinascimento*. Roma: Ministero per i beni e le attività culturali.
- Bellini, Federico. 2011. *La basilica di San Pietro. Da Michelangelo a Della Porta*, Roma: Argos.
- Bruschi, Arnaldo. 1994. Bramante e la funzionalità. Il palazzo dei Tribunali: torres et loca fortissima pro commoditate et utilitate publico. *Palladio. Rivista di storia della architettura e restauro. Nuova serie*. 14: 145-156.
- Cassi Ramelli, Antonio. 2005. *La impresa edilizia. Ricerche sulle origini e lo sviluppo nei secoli*. Roma: Aracne.
- Cavaciocchi, Simonetta. ed. 2005. *L'edilizia prima della rivoluzione industriale. Secc. XIII-XVIII*. Firenze. Le Monnier.
- D'Amelio, Maria Grazia. 2002. Il ruolo della reverenda fabbrica di San Pietro nei cantieri romani tra Rinascimento e Barocco, *Römische historische mitteilungen*. 44: 393-424.
- Danesi Squarzina, Silvia. ed. 1989. *Maestri fiorentini nei cantieri romani del Quattrocento*. Roma: Officina Edizioni.
- Goldthwaite, Richard A. 1984. *La costruzione della Firenze rinascimentale. Una storia economica e sociale*, Bologna: il Mulino.
- Gómez Urdáñez, Carmen. 2010. Vitrubio según Cervantes. Arquitectos y oficiales en la construcción en el siglo del Renacimiento. En *Arquitectura en construcción en Europa en época medieval y moderna*, editado por A. Serra Desfilis, 255-285. Valencia: Universitat de València. Departament d'Història de l'Art.
- Ippoliti, Alessandro. 1999. *Il complesso di San Pietro in Vincoli e la committenza della Rovere (1467-1520)*, Roma: Archívio Guido Izzi.
- Haines, Margaret. 2002. La grande impresa civica di Santa Maria del Fiore. *Nuova Rivista Storica*, 86: 19-48.
- Haines, Margaret y Ricetti Lucio. eds. 1997. *Opera. Carattere e ruolo delle fabbriche cittadine fino all'inizio dell'Età Moderna*, Firenze: Leo S. Olschki.
- Lamberti, Claudia. 2008. La basílica di San Pietro al tempo di Giulio II e Leone X. L'impresa e la spesa nel dibattito contemporanea. *Roma moderna e contemporanea*, XVI, 2: 191-203.

- Oppel, John. 1987. The Priority of the architect. Alberti on Architects and Patrons. En *Patronage, art and society in Renaissance Italy*, editado por F.W. Kent y P. Simons. New York: Oxford University Press: 251-268.
- Rodríguez Estévez, Juan Clemente. 2010. La construcción de la catedral de Sevilla (1433-1537). En *Arquitectura en construcción en Europa en época medieval y moderna*, editado por A. Serra Desfilis, 103-146. Valencia: Universitat de València. Departament d'Història de l'Art.
- Tessari, Cristiano. ed. 1996. *San Pietro che non c'è: da Bramante a Sangallo il Giovane*, Milano: Electa.
- Vaquero Piñeiro, Manuel. 2007. Costruttori lombardi nell'edilizia privata romana del XVI secolo. En *L'Economie de la construction dans l'Italie moderne*, editado por J.-F. Chauvard y L. Mocarrelli *Mélanges de l'Ecole Française de Roma. Italie et Méditerranée*, 119, 2: 343-364.
- Vasari, Giorgio. [1550] 1998. *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue hasta nuestros tiempos*, estudio, selección y traducción de María Teresa Méndez Baiges y Juan María Montijano García, Madrid: Tecnos.